

Londres; que en Lisboa defendía de invasión á Inglaterra más seguramente que entre Londres y Douvres; y que, finalmente, no había más remedio que el de que Inglaterra aguantara el gasto y la zozobra cuando él y su ejército aguantaban cosas mucho peores, como formidables combates y padecimientos horribles.

Tales eran las dificultades que encontraba este hábil y firme caudillo por parte de un país libre, donde la idea de la guerra y la de la paz contrapuestas de continuo una á otra, con casi igual fuerza de razones, producían inevitables angustias en un ministerio que ya no tenía jefe. Al parecer, no teniendo que ver el ilustre adversario de lord Wellington, el mariscal Massena, mas que con un hombre de genio, con Napoleón, el cual no tenía que sostener lucha más que contra sí mismo y desgraciadamente sostenía muy poca, hubiera debido encontrar toda especie de auxilios para la solución de una cuestión militar de que dependía la suerte del mundo. Con efecto, para Napoleón, instruido de lo que pasaba en Londres y en Lisboa, este era el caso de desplegar los vastos recursos de su genio administrativo, á fin de realizar todos los temores de lord Wellington y todos los deseos de su lugarteniente Massena. Ya se juzgará de lo que hizo, por la relación contenida en el libro que sigue.

Despachado el general Foy de Santarem para esforzar en París las instancias de su general en jefe y responder de viva voz á todas las preguntas del emperador, ejecutó la travesía más peligrosa al par que la más feliz que se pudiera imaginar por España. Se le dieron cuatrocientos buenos andarines y buenos tiradores, elegidos de diferentes regimientos; señalándole como camino más seguro el valle de Zezere, que pasa al Sur de la Estrella y va por Sobreira-Formosa, Sarceda y Belmonte á Ciudad Rodrigo. Desde los puestos de donde debía emprender la marcha, dirigió el general Loissón un gran reconocimiento sobre Abrantes para asustar á la guarnición é impedirle que detuviera el destacamento del general Foy á la primera jornada. Espantada la guarnición de Abrantes, creyó que fuese la vanguardia del ejército francés aquella escasa tropa viajera, y cerrándose dentro de sus muros, dejóla el paso libre. Apresuróse el general Foy á proseguir su marcha por entre un cuerpo de españoles, situado en Villa-Vella á orillas del Tajo, y los corredores de Trent y de Silveira

que andaban por los alrededores. No tropezó más que con una banda de doscientos hombres del levantamiento en masa portugués, llamada la Ordenanza; rompió por medio de ella sin más pérdida que la de algunos heridos ó rezagados, y al cabo de seis ó siete días de azares y de peligros de todas clases llegó sano y salvo á Ciudad Rodrigo.

Allí encontró al general Gardanne, á quien el mariscal Massena había dejado á la espalda para que limpiara los caminos, reuniera los hombres salidos de los hospitales, protegiera la llegada de los convoyes, y que asaltado de todos lados por las guerrillas no había podido cumplir más que la menor parte de su encargo. Casi había consumido este general tantos víveres como se hallaban almacenados en las plazas fronterizas de Almeida y Ciudad Rodrigo y apenas había juntado dos mil hombres de los seis mil que se esperaba sacar de los hospitales. Foy transmitió á Gardanne la orden de partir inmediatamente por el camino que él había traído, dejóle por guía á uno de los oficiales que acababa de hacer esta marcha y le prescribió además que con la correspondiente escolta fueran hombres prontos á recoger todas las municiones que pudieran llevar consigo.

De seguida el general Foy atravesó Castilla la Vieja, desolada por los guerrilleros cuya audacia se aumentaba de día en día; halló á los españoles llenos de confianza y los franceses de desaliento al ver cómo se prolongaba la guerra, á pesar de los numerosos refuerzos enviados este año, y al ver la expedición á Andalucía reducirse á la toma de Sevilla y la expedición á Portugal á una marcha hasta el Tajo. También encontró al general Drouet, que aún no había podido juntar más que una de sus divisiones en Burgos y esperaba la segunda, y por último al general Dorsenne, sumamente atareado en proteger el camino de Burgos á Valladolid con quince á diez y ocho mil hombres de la guardia. A todos comunicó noticias del ejército de Portugal, del cual no se sabía nada más que lo que decían los españoles con su jactancia de costumbre; estrechó al general Drouet á encaminarse á Coímbra y Thomar, y dirigióse á París, gastando cerca de veinte días en trasladarse de las orillas del Tajo á las del Sena. Allí arribó hacia los últimos del mes de noviembre y fué presentado al emperador sin demora.

LIBRO CUADRAGÉSIMO

FUENTES DE OÑORO

Disposición de ánimo de Napoleón en el momento de la llegada del general Foy á París. — Acogida que le hace y largas explicaciones con él. — Necesidad de un nuevo envío de sesenta ú ochenta mil hombres á España, é imposibilidad actual de disponer de semejante socorro. — Causas recientes de esta imposibilidad. — Últimas usurpaciones de Napoleón en el litoral del mar del Norte. — Incorporación de las ciudades anseáticas, de parte del Hannover y del gran ducado de Oldemburgo al imperio. — Descontento del emperador Alejandro al saber la desposesión de su tío el gran duque de Oldemburgo. — En vez de guardar contemplaciones al emperador Alejandro, insiste Napoleón de una manera amenazadora en hacerle adoptar sus nuevos reglamentos sobre comercio. — Resistencia del zar y sus explicaciones con Mr. de Caulaincourt. — No desea el emperador Alejandro la guerra, más la aguarda, y dispone que se hagan algunas obras defensivas junto al Dwina y al Dnieper. — Informado Napoleón de lo que pasa en San Petersburgo se apresura á armarse, mientras empeñada Rusia en Oriente no puede responder á sus armamentos con hostilidades inmediatas. — Primera idea de una grande guerra en el Norte. — Inmensos preparativos de Napoleón. — No queriendo distraer ninguna parte de sus fuerzas para enviarlas á la península, se limita á mandar á los generales Dorsenne y Drouet y al mariscal Soult que presten ayuda á Massena. — Ilusiones de Napoleón sobre la eficacia de este socorro. — Vuelta del general Foy al ejército de Portugal. — Larga mansión de este ejército junto al Tajo. — Su industria y su sobriedad. — Excelente espíritu de los soldados y desánimo de los jefes. — Actitud firme de Massena. — Partiendo el general Gardanne de la frontera de Castilla al frente de un cuerpo de tropas con el fin de llevar despachos al ejército de Portugal, llega casi á sus avanzadas, y sin comunicarse con él desanda camino. — El general Drouet, cuyas dos divisiones forman un noveno cuerpo, atraviesa la provincia de Beira con la división de Conroux y llega á Leiria. — Alegría del ejército á la aparición del noveno cuerpo. — Su abatimiento cuando sabe que el socorro que le lleva se reduce á siete mil hombres. — Llegada del general Foy y comunicación de las instrucciones que trae. — Junta de los generales en el Gólgao para conferenciar sobre la ejecución de ellas y resolución de permanecer junto al Tajo, procurando cruzar este río para vivir con los recursos del Alentejo. — Divergencia de pareceres sobre los medios de pasar el Tajo. — Admirables esfuerzos del general Eblé á fin de crear un tren de puente. — Para ejecutar el paso del río se resuelve esperar á que el ejército de Andalucía llegue á dar la mano al ejército de Portugal por la orilla izquierda. — Sucesos ocurridos en el resto de España durante la mansión junto al Tajo. — Continuación de los medios efectuados por el general Suchet en Aragón y Cataluña. — Embestida á Tortosa á fin de 1810 y toma de esta plaza en enero de 1811. — Preparativos para el sitio de Tarragona. — Sucesos en Andalucía. — Desparramamiento del ejército de Andalucía entre las provincias de Granada, Andalucía y Extremadura. — Embarazo del cuarto cuerpo, obligado á dividir su atención entre los *insurgentes* de Murcia y los de la serranía de Ronda. — Esfuerzos del primer cuerpo con el fin de empezar el sitio de Cádiz. — Dificultades y aprestos para este sitio. — Operaciones del quinto cuerpo en Extremadura. — No creyendo el mariscal Soult poder llevar su tarea á remate con las tropas que manda, pide un socorro de veinticinco mil hombres. — A este tiempo recibe la orden de ayudar á Massena y se niega absolutamente á ponerla en planta. — Empeña el sitio de Badajoz en vez de marchar sobre el Tajo. — Batalla del Gévora. — Destrucción de las tropas españolas que van en socorro de Badajoz. — Lentitud con que se vuelven á ejecutar los trabajos del sitio. — Escaseces del ejército de Portugal mientras asedia á Badajoz el ejército de Andalucía. — Extremada miseria del cuerpo de Reynier y necesidad indispensable de apelar á la retirada. — No pudiendo ya pasar por otro punto, se decide Massena á un movimiento retrógrado sobre el Mondego para establecerse en Coímbra. — Retirada empezada el 4 de marzo de 1811. — Brillante marcha del ejército y persecución por parte de los ingleses. — Llegada Massena á Pombal determina hacer allí dos días de alto para dar tiempo á que desfilen sus enfermos, sus heridos y sus bagajes. — Funesto altercado con el general Drouet. — Temores del mariscal Ney por su cuerpo de ejército y sus disputas con Massena sobre este asunto. — Su retirada sobre Redinha. — Brillante combate de Redinha. — Evacúa Ney precipitadamente á Condeixa, lo cual obliga al ejército entero á trasladarse al camino de Ponte-Murcelha y á renunciar á su establecimiento en Coímbra. — Marchas y contramarchas durante la jornada de Casal Novo. — Choque de Fez de Arunza. — Retirada sobre la sierra de Murcelha. — Un falso movimiento del general Reynier obliga al ejército á entrar definitivamente en Castilla la Vieja. — Espectáculo que presenta el ejército en el instante de su vuelta á España. — Obstinción de Massena por volver á empezar las operaciones ofensivas al punto y su resolución de tornar por Alcántara al Tajo. — Niégase el mariscal Ney á obedecerle. — Acto de autoridad del general en jefe y destino del mariscal Ney á espaldas de las tropas. — Dificultades que estorban á Massena la ejecución de su proyecto de marchar sobre el Tajo y le obligan á diseminar su ejército por Castilla la Vieja para proporcionarle algún descanso. — Horrosa desnudez de este ejército. — Vanas promesas del mariscal Bessieres como general en jefe de las provincias del Norte. — Ventajosa situación de lord Wellington después de la retirada de los franceses y triunfo del partido de la guerra en el parlamento británico. — Lord Wellington deja una parte de su ejército delante de Almeida y envía la otra á Badajoz para hacer levantar el sitio. — Tardía llegada de este socorro y toma de Badajoz por el mariscal Soult. — Dueño ya de la plaza trasladase á Cádiz para apoyar al mariscal Víctor. — Buen combate dado por éste á los ingleses en Barosa. — Desembarazadas de los enemigos que las amenazaban encuentra Soult las líneas de Cádiz, mas en breve le llama á Badajoz la aparición de los ingleses. — A su vez pide socorro al ejército de Portugal á quien no había él socorrido. — Embisten los ingleses á Badajoz. — Esta desgraciada ciudad, sitiada y tomada por los franceses, es sitiada de nuevo por los ingleses. — Proyecto formado por Massena entretanto. — Aunque muy mal ayudado por el ejército de Andalucía, piensa en prestarle un gran servicio, yendo á arrojarle sobre los ingleses que bloquean á Almeida. — Retardado este proyecto por lentitudes del mariscal Bessieres, debiéndose haber empezado á ejecutar el 24 de abril, no tiene principio hasta el 2 de mayo. — A consecuencia de este retraso logra lord Wellington el tiempo bastante para volver de Extremadura y ponerse á la cabeza de sus tropas. — Batalla de Fuentes de Oñoro dada los días 3 y 5 de mayo. — Grande energía de Massena en esta memorable batalla. — Manda quemar á Almeida, no pudiendo librarla del bloqueo. — Heroica evasión de la guarnición de la plaza. — Massena vuelve á entrar en Castilla la Vieja. — Acudiendo el mariscal Soult á Extremadura para socorrer á Badajoz, empeña la batalla de la Albuera y no consigue alejar de allí á los ingleses. — Grandes pérdidas por ambas partes y continuación del asedio de Badajoz. — Excelente defensa de la guarnición. — Situación difícil de los franceses en España. — Resumen de sus operaciones durante 1810 y 1811, y causas de que fracasaran sus esfuerzos en estas dos campañas que debían decidir sobre la suerte de España y de Europa. — Faltas de Napoleón y de sus lugartenientes. — Injusta desgracia de Massena.

Foy, tan célebre después como orador, juntaba á su mucha capacidad y bravura una imaginación viva, á menudo desordenada, pero brillante, que se retrataba en rasgos de fuego, sobre una fisonomía franca, atractiva, sumamente caracterizada.

Napoleón amaba la agudeza de su genio, aunque le inspirase desconfianza. Le encantó el general con su manera de explicarse y sintióse éste fascinado por ser la vez primera que le admitía familiarmente á su presencia. Noticias del ejército de Portugal se ignoraban hasta que se recibieron por este conducto, y de tal modo que antes se buscaron en los periódicos ingleses. Intimamente convencido halló el general Foy á Napoleón de la importancia de la cuestión que se iba á ventilar junto al Tajo, pues sobre la situación general sabía más que nadie, y estaba en la persuasión firme de que batiendo á los ingleses, ó teniéndolos siquiera en jaque largo tiempo delante de Lisboa, adquiriría la paz europea muy grandes probabilidades.

A pesar del convencimiento de Napoleón, encontró Foy no poco ilusionado todavía sobre las condiciones de la guerra de España, hartó cambiadas desde 1808, sobre el grande consumo de hombres que exigía, sobre el trabajo que costaba hacer vivir en la península á las tropas, sobre la dificultad de batir á los ingleses; encontró in justo respecto de Massena, queriendo mejor cargar la culpa á este ilustre lugarteniente por no haber ejecutado lo imposible, que echársela á sí propio de resultas de haberlo mandado. Nunca se le caía á Napoleón de la boca el falso guarismo de setenta mil franceses y veinticuatro mil ingleses, cual si fuera uno de aquellos príncipes desidiosos é ignaros que juzgan de las cosas por lo que les dicen ministros palaciegos, y que son demasiado apáticos para investigar la verdad ó hartó poco inteligentes para comprenderla. Napoleón, que había reiteradamente prescrito dar batalla, quejábale ahora de que se hubiera intentado el ataque de Busaco; él que había querido que se acosara á los ingleses sin consentirles ningún respiro, quejábale ahora de que no se hubiera hecho alto en Coímbra; y á pesar de su sagacidad prodigiosa, se le hacía muy cuesta arriba figurarse cómo en vez de setenta mil franceses arrollando á tambor batiente á veinticuatro mil ingleses, no éramos sino cuarenta y cinco mil soldados valientes viviendo por milagro delante de setenta mil anglo-portugueses bien alimentados y casi invencibles detrás de formidables trincheras. Sin embargo, substancialmente la dificultad de convencerle no provenía de la dificultad de ilustrar á un admirable talento, sino de la imposibilidad de hacerle admitir verdades que contrariaban sus cálculos de entonces: tan encariñado estaba con sus erróneas ideas y con sus equivocados conceptos acerca de la verdadera situación, estado y número, así del ejército contrario, como del propio de la Francia.

Muy bien defendió el general Foy á su jefe, y probó que las operaciones censuradas al mariscal Massena fueron siempre exigidas por las circunstancias. Sostuvo que, una vez delante de Busaco, menester era pelear ó retirarse vergonzosamente con mengua del honor de las armas; que si no fué posible tomar la posición aquélla, se redujo por lo menos á los ingleses á la inmovilidad recelosa que permitió burlarles; que detenerse en Coímbra, ya allí llegados, hubiera sido una declaración de

impotencia tan perniciosa como lo fuera el rehusar la lid en Busaco; que además en Coímbra se ignoraba la existencia de las líneas de Torres Vedras, siendo menos de extrañar que el que se ignoraran en París, centro de todos los informes; que no había por qué sentir el estar delante de aquellas líneas, aun sin hacer ningún movimiento, dado que allí se bloqueaba á los ingleses y se les hacía vivir en continuas perplejidades; que hasta se alcanzarían pronto decisivas resultas, si oportunamente llegaban socorros bastantes para las dos orillas del Tajo; que, en suma, si todo estaba empeñado, nada había comprometido, con tal de que, á tenor de la enseñanza de la experiencia, se proporcionaran medios adecuados al grande fin á que se propendía.

Caluroso el general Foy en obsequio de su jefe, cuando hubo de pintar las desconsoladoras realidades de la guerra de España, mostróse tan veraz como lo permitía su deseo de ser grato, no al poder, sino al genio. Con todo, no era menester decir mucho á Napoleón para ilustrarle, y así, al separarse del general, conoció gran parte de la verdad. Lo que se necesitaba hacer, hartó bien lo sabía. ¿Y quién lo hubiera sabido si él lo ignorara?

Con efecto, aunque la guerra de España empezara á costarle tantas fatigas de espíritu como costaba de cuerpo á sus tropas, y delegara por este motivo al mayor general Berthier el cuidado de seguir los detalles de ella, no había cesado, aun antes de la llegada del general Foy, de expedir algunas órdenes en sentido de las necesidades y los deseos de Massena.

Muchas veces recomendó á Drouet que acelerara su movimiento, que llevara su primera división cuando menos hasta Almeida, que reuniera allí cuantos hombres hubiera dejado Massena á su espalda, cuantos salieran de los hospitales, y que al frente de estas fuerzas barrera los caminos á fin de que las comunicaciones con Portugal volvieran á quedar expeditas.

Asimismo á todos los jefes de las provincias del Norte, al general Thouvenot, gobernador de Vizcaya, al general Dorsenne, gobernador de Burgos, había mandado que no retuvieran la segunda división del general Drouet sino que la encaminaran sin demora hacia Salamanca. Hasta previendo una gran pérdida de hombres había preparado una división de reserva con reclutas de los depósitos de los ejércitos de Andalucía y de Portugal, agregándola algunos jinetes sacados de los depósitos de la caballería de España, y además dos batallones de guardias nacionales, únicos que ya quedaban del gran levantamiento de Walcheren é incorporados á la guardia imperial muy luego. Estos destacamentos, que formaban de diez á doce mil hombres, fueron enviados á las órdenes del general Caffarelli á Castilla, para servir allí á retaguardia hasta que pudieran ingresar en sus respectivos cuerpos y dejar entretanto las dos divisiones de Drouet disponibles.

Además Napoleón reconvino severamente al mariscal Soult por el poco partido que había sacado de los tres cuerpos que constaba el ejército de Andalucía, cuerpos que calculaba en ochenta mil hombres como calculaba en setenta mil el ejército de Massena: le reconvino también por llevar flojamente las operaciones del sitio de Cádiz, no defendida á su decir más que por canalla; por haber permitido al marqués de la Romana

ir sobre el flanco de Massena, en vez de fijarle en Extremadura, atacándole allí de continuo; por haber tenido encerrado en Sevilla á todo el quinto cuerpo durante el verano, y en suma por estar en Andalucía ya hacía diez meses sin realizar otra cosa que tomar á Sevilla, cuyas puertas encontró abiertas. Le había prescrito, pues, que destacara al punto diez mil hombres sobre el Tajo, para dar la mano al mariscal Massena. No menos censuró al jefe del ejército del centro, esto es, á su hermano José, por haberse confinado en Madrid con unos veinte mil hombres limitándose á insignificantes correrías contra los guerrilleros y en dirección mal elegida, pues fueron encaminadas por Cuenca y por Guadalajara contra el famoso Empecinado, y no hacia Toledo y Alcántara, donde hubieran podido ser para el ejército de Portugal de sumo provecho. Para apoyar esta censura le dijo, como al mariscal Soult y como al general Drouet, que en Santarem, entre Abrantes y Lisboa, era donde se decidía á la sazón la suerte de la Península y probablemente de Europa.

De consiguiente Napoleón había columbrado esta situación aunque de lejos y previsto en parte las disposiciones que exigía; mas al saber de plano la situación de Massena, resolvió hacer convergir hacia él, tanto las tropas disponibles en Castilla la Vieja como las que desaconsejadamente se habían empeñado en Andalucía, y preparó las órdenes más terminantes para los generales que debían concurrir á Portugal á fin de operar esta reunión de fuerzas. Con todo, si sacrificando al objeto principal muchos secundarios, se podían acrecentar grandemente los recursos de Massena y colocarle en situación de llenar parte de su encargo, ¿no era este el caso de hacer un esfuerzo supremo, y puesto que se había cometido el error de comprometerse en España, comprometerse ya del todo para acabar en breve; de apartar de las márgenes del Rhin y del Elba uno de aquellos ejércitos, aunque útilmente situados sin duda, para emplearlo más útilmente en otra parte; de ir con ochenta mil hombres en socorro de Massena; de ir en persona; de conducir por este movimiento irresistible á Soult, á Drouet, á Dorsenne delante de Torres-Vedras, y de poner fin á la lucha europea con un rayo fulminado desde Lisboa? Si en desguarnecer el Norte había peligro, ¿no desaparecería con la paz general conquistada en las extremidades de la península de Iberia? Tranquilo se hallaba el imperio: privada de su independencia la Holanda, estaba, aunque consternada, sometida: ya la joven emperatriz llevaba en su seno al heredero del grande imperio, y aun cuando tuviera que abandonarla su esposo, ya se sabe que éste anteponía siempre sus designios á sus afectos: ¿qué razón podía, pues, impedir una resolución tan indicada como decisiva? Por desgracia mientras pasaban en la península los sucesos ya referidos, Napoleón había provocado otros muy graves en el Norte, y la situación que había creado con su ambición desapoderada, le tiranizaba más que él tiranizaba á la Europa. Este glorioso déspota, como acontece á menudo, era esclavo, pero absoluto esclavo de sus propias faltas.

Se ha visto cómo después de terminar la campaña de Wagram quiso atraerse el Austria, apaciguar la Alemania, distribuir los territorios que le quedaban todavía á fin de poder evacuar los países allende el Rhin del todo,

dedicar exclusivamente sus cuidados á la guerra de España y constreñir á la paz á Inglaterra por el doble medio del bloqueo continental y de un gran revés causado á lord Wellington en la península; bien que á pesar de estas pacíficas intenciones, por dar al bloqueo continental más eficacia había incorporado la Holanda al imperio, extendido sus ocupaciones militares por las playas del mar del Norte hasta la frontera del Holstein, imaginado un vasto sistema de tarifa sobre los géneros coloniales, muy lucrativo para él y para sus aliados, pero extremadamente vejatorio para los pueblos, y prescrito por fin á unos, recomendado á otros, sin excluir á Rusia, la práctica de este sistema punto menos que intolerable.

Ya, por una consecuencia forzosa, esta política, que tenía la paz por objeto, mas cuyos medios eran las ocupaciones militares, las usurpaciones de territorio, las confiscaciones violentas, las exacciones ruinosas, había despertado todas las desconfianzas que Napoleón quería ahora desvanecer en vano.

Y á la verdad, el convertir en departamentos franceses, no sólo á Roma, Florencia y el Valais, sino también á Rotterdam, Amsterdam y Groninga, no era el modo más adecuado para tranquilizar á los que atribuían á Napoleón el proyecto de avasallar á su dominación universal todo el continente. Ni aquí se detuvo Napoleón tampoco, pues considerando embarazoso hasta lo sumo no tener en las ciudades anseáticas más que una autoridad puramente militar, parecióle muy útil dilatar el territorio del imperio, ya llevado hasta el Ems por la incorporación de la Holanda, hasta el Wéser y el Elba por la incorporación de Lubeck, de Brema y de Hamburgo, que así envolvería en la vasta extensión de sus playas los mares en cuyo seno se alza Inglaterra, y la frente amenazadora de Boloña, tan importuna para ella, se extendería hasta Lubeck de este modo. ¿Qué dificultades podían estorbar la consumación de tal designio? Tenía las ciudades anseáticas bajo su mano; el Hannover, del cual había que tomar algunas porciones, pertenecía á su hermano Jerónimo que no había cumplido las condiciones con que se le cedió aquel reino, ya por no pagar puntualmente á las tropas francesas, ya por no hacer en favor de los donatarios franceses lo que había ofrecido: los territorios de varios príncipes alemanes, con especialidad de AreMBERG y de Salm, que debía absorber esta demarcación nueva, se hallaban tan á su disposición como los de un súbdito de Francia. Respecto de estos príncipes todo obstáculo quedaba orillado con dejarles sus bienes patrimoniales y resarcirles de lo demás con dotaciones constituidas en la nación francesa. Cierto es que había un príncipe, el de Oldemburgo, cuyo territorio, situado entre la Frisia y el Hannover, entre las bocas del Ems y las del Wéser, no podía ser exceptuado; príncipe que era tío del emperador de Rusia. Necesariamente hacer de este príncipe, tan caro á su sobrino, un simple súbdito del imperio francés había de parecer una conducta muy ultrajante. Mas casualmente aún teníamos en nuestras manos un fragmento de aquellos numerosos Estados germánicos recién distribuidos por Napoleón, y era Erfurt, verdadera migaja caída de la mesa del conquistador. Otorgando Erfurt al duque de Oldemburgo creía Napoleón colmar la medida de los buenos procederes respecto de Rusia. Por último,

quedaba el gran duque de Berg, hijo de Luis, todavía en edad muy tierna, indemnizando con aquel excelente ducado de la corona de Holanda, un momento depositada sobre su cuna, y se necesitaba una parte del tal territorio para completar las nuevas demarcaciones, bien que este era un arreglo de familia por el cual no había que pasar inquietudes. Una vez combinado en la mente de Napoleón todo, al instante se puso en planta.

Ya Napoleón, como se ha visto, había convertido en departamentos franceses la Toscana, los Estados romanos y la Holanda: por un decreto seguido de un senadoconsulto de 13 de diciembre de 1810, convirtió en tres departamentos franceses llamados del Ems superior, de las bocas del Wéser, de las bocas del Elba, el ducado de Oldemburgo, el territorio de los príncipes de Salm y de Aremburg, una porción del Hännóver, los territorios de Brema, de Hamburgo y Lubeck, y se apoderó también de Valais, aprovechando la coyuntura, bajo el título de departamento del Simplón. Una simple notificación fué dirigida á los príncipes desposeídos, y por lo que hace al príncipe de Oldemburgo, tío de Alejandro, se le anunció que se le concedía en resarcimiento la ciudad de Erfurt por consideración al emperador de Rusia. Tentado se sentía Napoleón también á incorporar los dos principados de Mecklemburgo, lo cual le diera en el Báltico una gran extensión de costas y colocara la Pomerania sueca bajo su mano: sin embargo, no osó ir tan lejos, y se contentó con declarar á los dos príncipes de Mecklemburgo que les dejaba de buena gana sus Estados, bien que á condición de que le serían tan útiles en la lucha contra Inglaterra cual si perteneciesen al imperio, esto es, que le suministrarían marinos, que armarían á Rostoch y á Vismar, de manera que no dejaran allí estacionar á los ingleses, y por último, que cerrarían sus costas al comercio británico tan bien como pudieran hacerlo los aduaneros franceses, entendiéndose que si quedaba por cumplir una sola de estas condiciones, se seguiría la agregación de sus Estados al imperio tan luego como la infracción se comprobaba, pues no tenía que guardar miramientos á nadie, ya que en sus providencias marítimas no los guardaban los ingleses tampoco.

No era Prusia, ocultando su odio bajo una sumisión profunda y teniendo además que devorar otras muchas penas; no eran los príncipes alemanes, unos destronados y substituídos por el nuevo rey de Westfalia, otros unidos al imperio por el temor á la complicidad en los ensanches territoriales, ni aun el Austria en fin, reducida á concentrar su ambición en la conservación del territorio que le quedaba, á quienes podían sublevar tales providencias, bien que todo príncipe que llevara corona debiera temblar á la vista de semejante conducta. Pero Rusia, tratada tan ligeramente en ocasión del matrimonio del emperador con una archiduquesa, ofendida y alarmada por la negativa á firmar la convención concerniente á Polonia, muy puntualmente informada del aumento progresivo de la guarnición de Dantzick, asombrada al ver la frontera de Francia dejarse atrás sucesivamente la Holanda, Hannóver, Dinamarca, llegar á Suecia, acercarse á Memel y Riga; Rusia vencida en Austerlitz y en Friedland, pero no abatida hasta el extremo de pasar por todo, naturalmente había de estar muy preocupada de resultas de estas extensiones terri-

toriales, y de sentirse ultrajada de la manera expeditiva de tratar á un pariente cercano, por quien más de una vez había manifestado el interés más vivo y especialmente en la época de los arreglos de Alemania de 1803 y de 1806. Al menos las formas deberían atenuar algún tanto lo alarmante y ofensivo de tales actos: desgraciadamente las formas fueron casi tan violentas y rudas como los actos mismos.

Ya Napoleón había requerido á Alejandro para que no recibiera á los americanos, que según él eran falsos neutrales, y que aplicara á los géneros coloniales la tarifa francesa del 5 de agosto, por la cual se admitían estas mercancías, cargándolas el 50 por 100 de derechos. No quedando satisfecho de las respuestas recibidas de San Petersburgo, había renovado el requerimiento con instancias casi amenazadoras; había hecho decir con amargo lenguaje que en las ferias de Leipsick y de Francfort se habían visto grandes cantidades de mercancías coloniales, que remontándose á la procedencia de ellas se había averiguado cómo llegaron á Alemania en carros rusos, siendo evidentemente producto de un contrabando tolerado por Rusia con infracción de la alianza de Tilsit; que por su parte se hallaba pronto á cumplir todas las condiciones de esta alianza, siempre que se observaran respecto de él; que entre estas condiciones hacía principal hincapié en las que propendían á destruir el comercio británico; que su observancia era indispensable para conducir á Inglaterra á una paz que necesitaba todo el mundo, Rusia lo mismo que los demás Estados; que para él á este precio era la alianza con Rusia, y no sólo la alianza, sino hasta la paz, resuelto como estaba á no aguantar en parte alguna complicidad pública con Inglaterra, y que volvería á empezar las hostilidades contra el continente entero antes que permitirlo, por ser este el único medio de obtener la paz marítima, es decir, la paz general.

A estas reconveniones que expedía á San Petersburgo, en vez de las explicaciones que hubiera debido enviar sobre las últimas usurpaciones territoriales, Napoleón se contentó con añadir, en términos á la verdad muy corteses, el conciso anuncio de la incorporación del país de Oldemburgo al imperio, y de la compensación de Erfurt otorgada, según decía, por consideración al emperador Alejandro.

Tantos actos alarmantes ú ofensivos, acompañados de un lenguaje tan mal adecuado á atenuarlos, por fuerza debían afectar sobre manera al emperador de Rusia, especialmente cuando venían á continuación de un matrimonio vivamente solicitado al principio y luego desdeñosamente olvidado, á continuación de la negativa justa, mas perentoria, de todo empeño tranquilizador en punto al restablecimiento de Polonia, y probaban que con Napoleón era rápida la pendiente que conducía del resfriamiento á la guerra. No hubiera querido el emperador Alejandro recorrer esta pendiente tan de prisa, y aun hacer alto en ella le acomodara más que nada, pues desde luego tenía muchas razones para evitar la guerra ó para retardarla, si evitarla le era imposible. Aun cuando tuviera confianza en sus fuerzas, en el poder de las distancias, en la ayuda que los odios europeos pudieran prestarle, no deseaba ni con mucho arrostrar otra vez los peligros que había ya corrido en Eylau y en Friedland. Además él era el autor de la polí-

tica de la alianza con Francia, política que le había valido muy amargas censuras, tanto en sus dominios como fuera, y se le hacía muy cuesta arriba darse por vencido ante sus censores, volviendo tan pronto de la alianza á la guerra. Mas de verse reducido á esta extremidad á la postre, no quería romper la alianza antes de que le produjera los frutos que de ella se había prometido, pues eran los únicos que podían justificar su conducta á los ojos de los severos censores con quienes se había enconrado. Ya le pertenecía Finlandia; pero las provincias danubianas aún no eran suyas, y las quería señorear antes de exponerse de nuevo á los formidables azares de una ruptura con la Francia. Bien había salido de la campaña de 1810 contra los turcos, aun cuando hubieran sido hartos lentos los progresos de los generales de Rusia. Después de haber invadido la Moldavia y la Valaquia los años anteriores, cruzaron éstos el Danubio por Hirschova y Siliustria, se apoderaron de estas dos plazas, marcharon sobre Roustchouk por su derecha, sobre Varna por su izquierda, tomaron á Bajardjik por asalto, bombardearon á Varna sin fruto, fracasaron delante de Schumla, donde tenían los turcos un campamento considerable, bien que se apoderaron de Roustchouk y ganaron una victoria importante en las cercanías de esta plaza. Sin embargo, aun batiéndose los turcos con una torpeza igual á su bravura, todavía no habían perdido del todo la línea del Danubio y se necesitaba de triunfos más decisivos para imponerles los grandes sacrificios de territorio que les exigía la Rusia. Con efecto, pretendía arrancarles, no sólo la Moldavia, sino la Valaquia, adoptando por límite el lecho del viejo Danubio, que va de Rassoava á Kustendje, además la soberanía de la Servia que se empeñaba en hacer independiente, una porción de territorio á lo largo del Cáucaso y una suma de dinero que representara los gastos de la guerra. Para obtener tales concesiones de la Puerta, determinada á mantener la integridad de su imperio, todavía se necesitaba lo menos una campaña, y de las más felices.

Por todos estos motivos, el emperador Alejandro no buscaba guerra con Francia, y sobre todo si se veía reducido á hacerla, deseaba aplazarla; pero sacrificios había que estaba resuelto á no conceder en manera alguna, rehusándolos no obstante con formas que pudieran al menos hacer tolerable la negativa ó retardar sus consecuencias. Aquellos sacrificios á que no quería resolverse eran comerciales.

Mucho había hecho declarando la guerra á la Gran Bretaña, principal consumidora de los productos naturales de Rusia, y cuya ausencia de sus mercados empobrecía mucho á los grandes propietarios del imperio; mas se había resignado á tal guerra por ser condición de la alianza con Francia, y ser esta alianza condición de las dos conquistas en que tenía puesto el empeño, Finlandia al Norte y las provincias danubianas al Mediodía. Ir más allá, y después de privarse del todo del comercio con Inglaterra interrumpir el que hacía con los americanos, era cosa á que deseaba substraerse para no irritar á sus súbditos demasiado.

Y no eran de gran fundamento las razones que alegaba en excusa, siendo casi todos los americanos defraudadores, pues ó habían salido de América durante el embargo, según se ha dicho, en cuyo caso eran de-

fraudadores hasta para la autoridad americana, ó habían salido después de alzado el embargo, y la mayor parte, como se sabía de cierto, iban á la Habana, á Tenerife y aun á Londres á comprar géneros coloniales de propiedad inglesa, haciéndose convoyar en seguida por el pabellón de la Gran Bretaña, para llegar así escoltados á los puertos rusos, donde vendían azúcares, cafés, algodones, palo de tinte, que tanto anhelaba el continente por no entrar, más que escasas porciones después de la política continental por Napoleón establecida, y traían á Londres granos, hierros, cáñamos, que componían el precio de su cargamento. Y no eran solamente los americanos los falsos neutrales á quienes quiso recibir Rusia, siendo los suecos intermediarios no menos cómodos para ella y más descarados en fingir su clase. A pesar de que Napoleón había concedido la paz á los suecos á condición de que rompieran toda relación mercantil con Inglaterra, establecieron en Gothemburgo, en el Cattégat, un inmenso depósito, donde bajo pretexto de admitir neutrales y con especialidad americanos, admitían simplemente ingleses; sin comprobar siquiera la nacionalidad del pabellón, cargaban después las mercancías que habían recibido en sus propias naves, y bajo su nombre las transportaban á los puertos rusos. Verdad es que, deseando Alejandro encerrarse en la observancia estricta de los tratados, había erigido un tribunal de presas para condenar á las americanos no procedentes de América con evidencia, ó á los suecos portadores de mercancías inglesas hartas á las claras. De esta suerte apresaba y confiscaba cierto número de bajeles; pero si consentía en entorpecer y disminuir su comercio, no se atemperaba á destruirlo. Aun los negociantes en grande podían cambiar los granos, las maderas, los cáñamos por azúcares, cafés, algodones, que despachaban en Rusia, ó que por un vasto acarreo, muy lucrativo para los aldeanos rusos, transportaban á Koenigsberg en la frontera de la vieja Prusia, ó á Brody en la frontera de Austria, desde donde eran conducidos á Leipsick y Francfort en carros alemanes. Siendo muy alto el precio á que el bloqueo continental había hecho subir estas mercancías, cabía pagar su transporte por costoso que fuera, y acontecía que una porción de azúcares producidos en la Habana, trasladada de la Habana á Inglaterra, de Inglaterra á Suecia por buques ingleses y de Suecia á Rusia por buques americanos ó suecos, bajara después de Rusia á Alemania acarreada en carros rusos.

Aun cuando este tráfico no fuera expedito ni con mucho, todavía Alejandro se prestara á ponerle algunas más trabas, pero nunca á suprimirlo del todo. Otro interés había para su comercio que estaba determinado á no sacrificar de manera ninguna. De un modo alarmante bajaba el cambio, y había lugar á temer que las relaciones externas se imposibilitaran completamente, si aún por largo tiempo era menester dar tan grande cantidad de valores rusos para proporcionarse valores alemanes, franceses, ingleses, á fin de pagar en Francfort, París y Londres lo que allí se había comprado, consistiendo en el papel moneda la primera causa de la baja del cambio. Con efecto, acontecía al rublo lo propio que á la libra esterlina, y nada más natural que los extranjeros no aceptaran sino con arreglo al descrédito del papel la libra esterlina y el rublo: segunda causa de esta baja